

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

El seguimiento de Cristo, como la fe, no puede ser condicionado; ha de ser libre y total. Jesús nos pide una adhesión plena. A menudo se ha desatendido el primer mandamiento: «Amarás a Dios sobre todas las cosas», y se ha pensado que Dios, de hecho, no pide tanto, como si se tratara de un lenguaje figurado. Nada más extraño a las enseñanzas de Jesús. Podemos recordar aquel momento en que nos dice que no se puede servir a Dios y al dinero. Hoy, sin embargo, va más allá: hay que posponerlo todo, incluso la familia, por Él. Este mandato no admite matizaciones. Dios es lo primero y, a partir de Él, se ilumina toda la realidad. Es más, sólo somos capaces de amar convenientemente a las personas, si las amamos desde Dios. Hay casos de no pocos jóvenes que, con la oposición de sus padres, han ingresado en la vida religiosa o se han ordenado sacerdotes. Eligieron a Dios por encima de todo, pero, al mismo tiempo han sido ejemplos clarísimos de afecto y cariño hacia sus familias.

Además, la entrega total es necesaria para que el seguimiento de Cristo no acabe en fracaso. Los ejemplos aluden a la tibieza y mezquindad de espíritu. Empezar una casa sin disponer de lo necesario para completarla o lanzarse a una batalla imposible, indican la actitud de aquellos que pretenden ser cristianos a medias. El resultado es un tremendo fracaso. La vida cristiana no consiste en el intento, sino en la realización. La satisfacción es proporcional al abandono. El caso contrario es el del joven rico que tenía un deseo de perfección, pero sus bienes lo ahogaron. No hay que olvidar que todos los bienes proceden de Dios y que deben ser utilizados en su servicio. San Agustín, en un bello ejemplo, dice: «Si un hombre regala un anillo de oro a su mujer y esta se queda mirando el anillo, quién no pensará que detrás quizá se esconde un adulterio».

Y, el cardenal Van Thuan, decía: «Hemos de amar a Dios, y no las obras de Dios». Las cosas, las personas, incluso nuestros allegados más cercanos, nos los ha dado Dios, y los queremos porque Dios los quiere. Sólo así llegamos a amarlos verdaderamente. Los padres ven en los hijos un don de Dios, y estos, en sus progenitores, una imagen del amor divino.

Dios me puede pedir amarle sobre todas las cosas, porque ha sido Él el primero que me ha amado por encima de lo que Él más ama: ha entregado a la pasión y a la muerte a su único hijo por amor a mí, y lo ha resucitado también por mí. Este es el secreto más sorprendente de la Eucaristía.

Virgen María: concédeme un conocimiento más profundo de esta verdad, que es la más grande que nunca podamos descubrir, y la única que puede transformar mi vida: Dios me ama y lo ha dado todo por mí.

María: yo quiero darlo todo por Él, como Tú y contigo.